

[Publicado previamente en: *Anuario de Estudios Atlánticos* 23, 1977, 35-50 (también en J.M^a Blázquez, *España Romana*, Madrid 1996, 173-184). Editado aquí en versión digital por cortesía del autor, bajo su supervisión y con la paginación original].

© José María Blázquez

Las Islas Canarias en la Antigüedad

José María Blázquez Martínez

Varios investigadores actuales han tratado el tema o han aludido a los viajes de los fenicios, de los cartagineses, de Juba II de Mauritania y de los Romanos a las Islas Canarias, viajes que nadie pone en duda, apoyados en la Arqueología y en las fuentes antiguas. Así, A. García Bellido ¹ dedicó varios trabajos al tema; Elías Serra Ráfols ², M. Pellicer ³, M. Tarradell ⁴, J. J. Jáuregui ⁵, entre los autores españoles; J. Carcopino ⁶, R. Maury ⁷, St. Gsell ⁸, D. Barden ⁹, A. Jodin ¹⁰, C. Th. Fischer ¹¹, etc., entre los extranjeros.

¹ *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, Madrid, 1953, 229 ss. *Historia de España*, I, 2, Madrid, 1954, 292 ss. *Sobre ánforas antiguas de Canarias*, «Homenaje a Elías Serra Ráfols», U. La Laguna, 1970, 193 ss. *Las Islas Atlánticas en el Mundo Antiguo*, Las Palmas de Gran Canaria, 1967.

² *Ánfora antigua en Canarias*, NAH, 8-9, 1964-65, 294 ss.

³ *Ánforas de importación halladas en Canarias*, «Estudios Canarios», An. Inst. Est. Can., La Laguna, 1970, 43 ss.

⁴ *Historia de Marruecos*, Marruecos púnico, Tetuán, 1960, 261, 308.

⁵ *Las Islas Canarias y la carrera del oro y la púrpura en el periplo de Hannon*, «I Congreso Arqueológico del Marruecos Español», Tetuán, 1954. 271 ss.

⁶ *Le Maroc Antique*, Paris, 1943, 120, 125, 126, 150, 172.

⁷ *La navigation sur les cotes du Sahara pendant l'antiquité*, REA, 57, 1955. 92 ss.

⁸ *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, I, Paris, 1913, 519 ss.; VIII, Paris, 1928, 254 ss.

⁹ *The Phoenicians*, 1972, 170. De la misma opinión es S. Moscati, *I fenici e Cartagine. Società e costume*, Turín, 1972, 123.

¹⁰ *Les établissements du roi Iuba II aux isles purpuraires (Mogador)*, Tán-ger, 1967, 3, 6, 261.

¹¹ PN, VII, 1, 42 s.

Posibles viajes de los fenicios y cartagineses a las Islas Canarias

Desde el siglo VII a. C. los fenicios estaban asentados en la costa atlántica, al sur de Marruecos, en Mogador ¹², que muy posiblemente era una colonia dependiente de Cádiz, fundada por los habitantes de Tiro hacia el año 1100 a. C. (Str., III, 5,5; Vell. Hist. Rom., I, 2,3) para controlar ¹² toda la explotación de la Península Ibérica y de la costa atlántica, desempeñando el mismo papel que Cartago en el Mediterráneo central con respecto al sur de Galia, Etruria, Sicilia y Norte de África. La isla de Fuerteventura sólo dista del Cabo de Iubi un centenar de kilómetros y es visible desde la costa africana. El Teide, con casi 4.000 metros de altura, es visible desde 180 kilómetros a la redonda. Hacia mediados del siglo V a. C. o poco antes los cartagineses, que habían sustituido a los fenicios en la explotación y colonización del Mediterráneo Occidental, al caer Fenicia en la órbita de influencia de los babilonios, enviaron dos grandes expediciones a recorrer el Atlántico Norte y Sur, en función de su explotación minera y pesquera, partiendo de Cádiz, muy seguramente con técnicos y barcos tartésicos, que desde finales del segundo milenio hacían estas rutas ¹⁴, en busca del estaño de toda la costa lusitana y galaica, de la Bretaña Francesa y de Cornualles. El almirante Hannón fue el que dirigió la expedición a lo largo de la costa africana, dejando por escrito una descripción de la expedición, que descendió hasta el Camerún, según unos investigadores y según otros hasta Gabón o hasta Sierra Leona. El periplo de Hannón ha motivado desde siempre una gran cantidad de estudios ¹⁵. Incluso se ha dudado o negado este

¹² A. Jodin, *Mogador. Comptoir phénicien du Maroc Atlantique*, Rabat, 1966. Sobre el Marruecos púnico, además del citado libro de M. Tarradell, cf. M. Ponsich, *Recherches archéologiques á Tanger et dans sa region*, Paris, 1970, 67 ss.

¹³ M. Ponsich, *Pérennité des relations dans le circuit du Détroit de Gibraltar*, *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, 3, Berlin, 1975, 654 ss; *Influences phéniciennes sur les populations rurales de la région de Tanger, Tartessos y sus problemas*, «V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular» (Jerez de la Frontera), Barcelona, 1969, 173 ss.

¹⁴ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, *passim*.

¹⁵ J. Carcopino, *oc.*, 73 ss. St. Segert, *Phoenician Badground of Hanno's Periplus*, «Mélanges de l'Université de St. Joseph de Beyrouth», 45,

viaje ¹⁶, aunque es citado por Mela (III, 90) y por Plinio (V, 8). La razón que se ha aludido es la imposibilidad del retorno. Ello es posible si se empleaban, según indica un escoliasta a este periplo, barcos de 50 remeros, utilizados ya desde los viajes de los focenses al Occidente. El periplo de Hannón, cuya data se sitúa hoy en torno al año 460 a. C., no menciona las Islas Canarias. J. Carcopino ¹⁷, al analizar las expediciones marineras de Iuba II, escribe que los antepasados de los de Lixus no habían podido navegar hasta Cerne, en el río de Oro, sin tocar en las Islas Canarias; texto que ha sido comentado por J. J. Jáuregui ¹⁸, cuya opinión es de gran valor por tratarse de un marino: «fácilmente encontraría la explicación del volcán que difícilmente consiguió situar en el actual Camerún, en el golfo de Guinea y que nosotros entendemos con toda seguridad se refiere al Teide y en cuanto a ese amplio río en el que fondearon no mucho antes, podría muy bien aceptarse ser la bocana que entre Lanzarote y La Graciosa hoy se conoce con el nombre del Puerto del Río». El almirante Jáuregui considera muy acertada la opinión de J. Carcopino «sobre la necesidad de recalar en las Islas Canarias, si se trata de llegar al actual Río de Oro, pues todo aquel que trate de remontar Cabo Bojador costearo el litoral africano, de Norte a Sur, se encontrará con insuperables dificultades, de las que buena prueba son los fracasos de las expediciones que desde Sagres mandó el Infante Don Enrique y que sólo adentrándose en el mar pudieron remontar Cabo Bojador, que tomó este nombre justamente por las dificultades

1969, 502 ss, G.-Ch. Picard, *Le périple d'Hannon n'est pas un faux*, «Archeologia», 40, 1971, 54 ss. E. Myeng, *Les sources grecques de l'histoire négro-africaine*, Paris, 1872, 45 ss. Casariego, *El periplo de Hannón de Carthago*, Madrid, 1947. D. Harden, *ob. cit.*, 162 as. J. Ramin, «Latomus», 85, 1976, 971 ss. P. Schmitt (*Connaissance des lies Canaries dans l'Antiquité*, «Latomus», 27, 1968, 362 ss.) admite un viaje de Polibio con Jenofonte de Lampsaco a las Canarias, basado en Plinio V, 9, y que el viaje de Hannón, lo que de hecho visitó fueron las Islas Canarias.

¹⁶ G. Germain, *Qu'est-ce que le périple d'Hannon, document, amplification littéraire ou faux intégral?*, «Hespéris», 1957, 205 ss. R. Mauny, *Le périple d'Hannon un faux célèbre concernant les navigations antiques*, «Archeologia», 37, 1970, 77 ss. *Note sur le périple d'Hannon*, C. R. de la 1 C 1 A. O. 1945, 1951, 509 ss. «Archeologia», 40, 59.

¹⁷ *Ob. cit.*, 34.

¹⁸ *Ob. cit.*, 170.

insuperables que el bojeo o navegación cercana a la costa ofrecía, Esta sola razón sería suficiente para demostrar el indudable conocimiento que de las Islas Canarias tenían púnicos y cartagineses». J. Carcopino es también de la opinión que la marina púnica había mantenido cruceros con las Islas Canarias y J. J. Jáuregui cree que lo que había en Canarias eran explotaciones de púrpura, que Iuba trasladó después a Mogador. D. Harden coincide con los anteriores autores al escribir: «The Canaries are certainly too close to the African coast to have been unknown to the Phoenicians, but there can have been no colony there either...». Recuerda a este respecto el sabio inglés el texto de Diodoro (V, 20), al que aludiremos más adelante, de que un barco gaditano se adentró en el Atlántico, descubrió una isla con buen clima, que quizá fuese Madeira, y que los etruscos quisieron fundar en la mar una colonia, lo que impidieron los cartagineses. Este intento se puede situar antes del desastre etrusco en Cumas del año 474 a. C. La navegación a las islas del interior del Atlántico —posiblemente Madeira, aunque no hay que descartar que fuera alguna de las Islas Canarias— está confirmada por un texto del Pseudo Aristóteles, en su tratado *Perithaumasion akousmata*, 84, 1, que posiblemente remonta a Timeo, historiador griego del siglo III antes de Cristo, y por Diodoro Sículo, historiador siracusano contemporáneo de Augusto. El hecho quizá sucediese, en opinión de A. García y Bellido ¹⁹, en el siglo VI a. C. o incluso antes.

Helo aquí: «Dicen que en el mar de fuera de las Columnas de Heraklés, los cartagineses descubrieron una isla desierta poblada de toda clase de bosques y cruzada de ríos navegables y admirable por todos sus frutos; distaba muchos días de navegación. Los cartagineses, dada su fertilidad, la visitaron a menudo y algunos llegaron a establecerse allí. Pero las autoridades cartaginesas prohibieron la navegación a ellas bajo pena de muerte, matando a sus colonos para que no revelasen su existencia y viniese una multitud dispuesta a apoderarse de ella arrebatando a los cartagineses su disfrute». El citado párrafo de Diodoro es el siguiente: «Los fenicios, por las razones antes dichas, exploraron las costas sitas más allá de las Columnas navegando a lo largo de las costas de Libia, fueron arrastrados por los vientos hasta parajes de larga navegación en el Océano. Cuando

¹⁹ *La Península Ibérica*, 228 ss.

muchos días después cesó la tormenta arribaron a la isla mencionada, cuya felicidad y naturaleza reconocieron, comunicando la noticia a todos. Por esto los etruscos, que entonces poseían el dominio del mar proyectaron enviar allí una colonia, pero los cartagineses se lo impidieron, pues temían que, a causa de las excelencias de la isla, muchos cartagineses se estableciesen en ella; al mismo tiempo querían reservarse un refugio para el caso de un revés de fortuna, si sobrevenía algún acontecimiento ruinoso para Cartago, ya que dueños del mar, podrían huir con sus familias a dicha isla ignorada de sus vencedores». El mismo historiador siracusano, poco antes (V, 19, 1-5) alude a otra isla atlántica, que en su opinión es distinta, pero que quizá sea la misma Madeira y por tanto coincide con la narración del Pseudo-Aristóteles. Probablemente, como sugiere A. García y Bellido, una duplicidad de fuentes indujo a error a Diodoro. Los tres textos coinciden en lo fundamental: en la navegación a las Islas Atlánticas, situadas frente a la costa africana, por los cartagineses y a su interés por la explotación de su riqueza. El segundo párrafo de Diodoro (V, 19-15) afirma: «Tras de haber hablado de las islas sitas en la parte de acá de las columnas de Heraklés, describiremos ahora las que se hallan en el Océano. Por el lado de Libia y en alta mar hay una isla de gran extensión sita en pleno Océano. Está separada de Libia por varias jornadas de navegación siguiendo la ruta del Occidente. Su suelo es fértil, montañoso, con poco llano y de una gran belleza. Ríos navegables la riegan, y tiene muchos jardines con toda clase de árboles, y vergeles cruzados por corrientes de agua dulce. Hay en ella villas campestres magníficamente construidas, cuyos jardines están adornados con templetos cubiertos de flores, donde sus habitantes pasan el verano gozando voluptuosamente de los frutos del campo, que los da en abundancia. La parte montañosa está cubierta de espesos bosques de toda clase de árboles frutales. La estancia en las montañas la embellecen valles profundos y numerosas fuentes. En resumen, la isla entera se halla regada de aguas dulces que contribuyen no sólo al recreo de sus habitantes, sino también a su salud y fuerza. La caza les suministra muchos animales de diversas especies, que les dan comidas succulentas y suntuosas. El mar que baña esta isla contiene gran número de peces, porque el Océano es por naturaleza rico en ellos. Finalmente el aire es aquí tan templado que los frutos arbóreos y otros productos del campo crecen en abundan-

cia durante la mayor parte del año. En pocas palabras, esta isla es tan bella que más parece residencia dichosa de algún dios que habitación de mortales». No hay que descartar de plano que los autores antiguos se refieren en este párrafo a alguna de las Islas Canarias, pues en líneas generales coincide su contenido con el de Plinio. Queda claro en las fuentes que los cartagineses conocían bien la existencia de todas o de algunas de las islas de la costa atlántica norteafricana y dado su espíritu marineró es prácticamente seguro que las conocían todas, que admiraron su buen clima y riqueza y que pensaron en la explotación de sus riquezas.

La Arqueología hasta el momento presente no ha confirmado con hallazgos, la presencia de fenicios o cartagineses, ni en Madeira, ni en las Islas Canarias; sí, en cambio, en las Azores, donde en 1749, en la isla de Corvo, aparecieron ocho monedas púnicas y una de Cirene, de los siglos IV y II a. C.; monedas que desgraciadamente se han perdido. El tesoro no pudo depositarse mucho antes del año 200 a. C.²⁰

Las Islas Canarias no son mencionadas, ni en el periplo de Neco (Herod., IV, 42), cuya circunnavegación de África en barcos fenicios hoy nadie pone en duda²¹, hacia el 600 a. C., ni en el periplo de la costa occidental de África, de Scylax de Carianda, del siglo VI a. C., cuyo texto es del siglo IV a. C.²²; ni en el periplo de Polibio (Plinio, V, 1), que describe la costa atlántica africana hasta el Camerún²³.

Tampoco se alude a las Islas Canarias en la descripción de Estrabón (II, 3,4) del intento de circunnavegar África, utilizando la ayuda técnica, material y personal de los gaditanos, que navegaban tranquilamente el Atlántico en ambas direcciones (Str., II, 3,4; III, 5,11) y cuyas condiciones mineras alaba mucho el geógrafo griego (III, 5,3). En esta ocasión menciona Estrabón un periplo africano he-

²⁰ D. Harden, *ob. cit.*, 170. G. K. Jenkins - R. B. Lewis, *Carthaginian Gold and Electrum Coins*, 1963, 21, 61. A. García y Bellido, *Los Islas Atlánticas*, 30 s. J. M. Gómez Tabanera, *Hallazgos en las Islas Azores y América del Norte*, «Numisma», 26, 1976, 202 ss. W. Schwabacher, *Die Azoren una die Seefahrt der Alten*, «Numisma», 12, 1962, 9 ss.

²¹ E. Mveng, *ob. cit.*, 44, 182.

²² E. Mveng, *ob. cit.*, 48, 132 s.

²³ E. Mveng, *ob. cit.*, 133. R. Mauny, *Autour d'un texte bien controversé: le périple de Polybe (146 av. J. C.)*, «Hesperia», 1961, 47 ss.

cho en barcos gaditanos en sentido opuesto al de Neco y que naufragó en las costas etiópicas poco antes o en tiempos de Cleopatra III (117-108). La fuente de Estrabón es Posidonio, que recogió la noticia cuando durante la guerra sertoriana visitó Cádiz para observar el fenómeno de las mareas. Es importante el dato que consigue Estrabón que Eudoxo de Cínicos fletó dos tipos de barcos; uno, llamado «strongylos», era un navío de transporte o comercial y era llamado así por su forma redonda; otro, de cincuenta remeros, cuyo nombre era «pentakonteros». Precisamente la glosa al párrafo I del periplo de Hannón comenta que la flota de Hannón estaba compuesta de 60 navíos de cincuenta remeros cada uno. Con estos barcos se podía fácilmente volver de Sur a Norte, según se indicó ya ²⁴. Se conocen bien los barcos usados por los cartagineses en sus empresas comerciales y expediciones atlánticas, con los que pudieron perfectamente llegar desde la costa atlántica a las Islas Canarias, a las Azores y a Madeira, gracias a varias representaciones de galeras en las monedas de Aradus, de comienzos del siglo IV a. C. y de Sidón, del segundo cuarto del siglo IV a. C. ²⁵. Están muy frecuentemente representados en las acuñaciones bárquidas de Hispania ²⁶. Como muy bien afirma G.-Ch. Picard ²⁷, eran del mismo tipo que los empleados por Hannón. Sobre las estelas púnicas frecuentemente hay esculpidos navíos. Con todos estos se podía perfectamente, dado su calado, llegar sin dificultad a las Islas Canarias ²⁸. Estos barcos no difieren mucho de los representados sobre los mosaicos romanos ²⁹.

²⁴ A. García y Bellido, *La Península Ibérica*, 234 ss.

²⁵ D. Harden, *ob. cit.*, lám. 110, 291.

²⁶ L. Villaronga, *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona, 1873, láminas I, IV, V.

²⁷ *Ob. cit.*, 54.

²⁸ Los barcos gaditanos llamados «caballos» por el mascarón de sus proas, con los que, al decir de Estrabón (II, 3,4), los pobres del Sur de Hispania pescaban a lo largo de Mauritania hasta el río Lixos, son un legado fenicio, ya que son exactamente iguales a los representados en las puertas de Balawat, cerca de Nimrud, en tiempos de Salmanasar III (869-824), en una escena de portadores de tributos de Tiro; en un relieve del palacio de Sargón II (722-705) en Khorabad; en otro relieve procedente del palacio de Senaquerib (705-681 a. C.), de Kouyunjik (Nínive) con la huída del rey Lulí de Tiro; en el año 701 a. C. los barcos son de un tipo diferente (D. Harden, *ob. cit.*, 159 ss., láms. 48-51).

²⁹ G.-Ch. Picard, *Le monde de Carthage*, Paris, 1356, lám. 42. P. M.

Viajes a las Islas Canarias A finales del siglo I a. C. de los gaditanos y de Iuba II

Autores griegos, como Plutarco, son los primeros que mencionan a las Islas Canarias, llamándolas Islas de los Bienaventurados, Islas Afortunadas, «makaron nesoi» en griego, que son las «Fortunatae Insulae» de los escritores latinos. Para los antiguos eran un paraíso, debido al excelente clima, a la belleza de sus paisajes y a la abundancia de riquezas de todo tipo. En la descripción, que en este caso coincide con la realidad, intervino mucho la fantasía, la mención literaria, la inclinación hacia lo desconocido y la tendencia de los hombres de todos los tiempos y culturas —y más en la Antigüedad— a creer en la existencia de un lugar en la tierra —¿y dónde se podía localizar mejor que en el interior del mar?— de felicidad, sin dolores ni preocupaciones; una especie de Campos Elíseos, como los descritos por Virgilio en su libro VI de la Eneida, en el descenso del héroe troyano Eneas a los infiernos; todo esto es lo que los antiguos indicaron con el nombre que dieron a las Islas Canarias.

La primera mención de las Islas Afortunadas data del año 82-81 antes de Cristo, con motivo del viaje que hizo Sertorio, refugiado político en la Península, que él conocía por haber estado en ella, a comienzos de la centuria, como tribuno militar (Plut, Sert., 3) entre los años 98-94 a. C.

Sugiere Plutarco en su monografía de Sertorio (8) que, después de refugiarse en Mauritania, volvió de nuevo Sertorio a la Península, desembarcó en la desembocadura del Betis y allí se encontró con unos marineros que acababan de llegar de unas islas del Atlántico. «Son dos, que se hallan separadas entre sí por un pequeño estrecho, distan 10.000 estadios de África y son llamados de los Bienaventurados.» Este texto es importante, pues en él se afirma la navegación entre el sur de la Península y algunas de las Islas Canarias con regularidad en la primera mitad del siglo I a. C.

A continuación describe Plutarco la naturaleza de las islas en los siguientes términos: «Gozan de lluvias moderadas y raras y, con unos

Duval, *La forme des navires romains, d'après la mosaïque l'Althiburus*, MAH, 61, 1949, 119 ss. L. Foucher, *Navires et barques. Figures sur des mosaïques découvertes á Sousse et aux environs*, «Notes et documents», 15, Túnez, 1967.

vientos suaves y llenos de rocío, ofrecen una tierra muelle y crasa, apta no sólo para ser arada y sembrada, sino que produce frutos que por su abundancia y sabor alimentan sin penas a un pueblo descansado. La igualdad de las estaciones y la suavidad de los cambios hacen reinar en ellas un aire sano; porque los vientos que soplan procedentes del interior de las tierras, por la distancia que recorren, van decayendo y perdiendo fuerza, mientras que los del mar, abrigos y céfiros, portadores de lluvias suaves y moderadas, nutren las plantas con su húmeda bonanza. De manera que hasta entre aquellos bárbaros es muy frecuente la creencia de que era allí donde estaban los Campos Elíseos, mansión de los bienaventurados, cantados por Homero».

El buen clima y la abundancia de frutos naturales es lo que hacía, según el escritor griego, la felicidad de estas islas. Desde el punto de vista de la Historia de las Religiones es digno de notar que en las Islas Canarias, según Plutarco, se localizasen, en opinión de los naturales, los Campos Elíseos. Las Islas de los Bienaventurados se citan por Homero (Od., IV, 563 ss.), por Hesíodo (Trabajos, 167 ss.) y por Píndaro (Ol., II, 68 ss.), pero el localizarlas en las Islas Canarias, debe datar de la época helenística.

El historiador latino Salustio, el gran amigo de César y contemporáneo de los sucesos que narra, describe este hecho brevemente (Hist., I, 100): «Se sabía que estas dos islas estaban próximas entre sí, distantes 10.000 estadios de Cádiz y que producían espontáneamente alimentos para los mortales». Los dos autores sacaron la noticia de la misma fuente, pero la distancia Plutarco la cuenta desde África, mientras que el historiador latino desde Cádiz, lo cual es más probable, pues por Estrabón (II, 3,4) se sabe que los marinos gaditanos pescaban habitualmente a lo largo de la costa atlántica mauritana. Esta hipótesis de los frecuentes viajes de los gaditanos a las Canarias se confirma por el hecho de relacionar Estrabón (III, 2,13) las Islas de los Bienaventurados con Cádiz: «estas islas de los Bienaventurados en las que reconocemos hoy algunas de las islas situadas no lejos de la extremidad de Mauritania, que está enfrente de Cádiz.,.» El mismo autor, contemporáneo de Augusto, cuyo libro tercero de su Geografía constituye el documento más importante de toda la Antigüedad sobre la Etnología de Hispania Antigua, no podía por menos de aludir a las Canarias. De ellas escribe (I, 1,5): «Las islas de los

Bienaventurados hállanse enfrente de Mauritania, hacia los confines del Occidente, por la parte donde concurren la extremidad occidental de Iberia y el mismo nombre declara que fueron creídas bienaventuradas por su proximidad a estos lugares». Estrabón propone en este párrafo una interpretación diferente de la de Plutarco. Las Canarias serían llamadas Islas de los Bienaventurados por su proximidad a Iberia, ya que Homero (Str., III, 2,13) «al lado de las andanzas de Eneas, de Antenor, de los henetoi, la Historia ha registrado las de Diómedes, de Menelao, de Menesteo y de muchos otros. Instruido por la voz de la Historia de todas estas expediciones guerreras a las costas meridionales de Iberia, conocedor también de la riqueza de estas regiones y de los bienes de todas clases que poseen y que los fenicios dieron a conocer, Homero tuvo la idea de colocar en Iberia la mansión de las almas piadosas y los campos elíseos donde, según la predicción de Proteo, Menelao debía vivir algún día; en cuanto a Menelao, los inmortales os conducirán a los Campos Elíseos, en la extremidad de la tierra, donde reina el rubio Radamanto, donde los humanos gozan de una vida feliz, al abrigo de la nieve, de la escarcha y de la lluvia y donde en el seno del Océano se levanta el soplo armonioso y refrescante del Céfiro. La pureza del aire y la dulce influencia del Céfiro, son características de Iberia, que vuelta por completo al lado Occidente, posee un clima verdaderamente templado. Además está situada en los últimos confines de la tierra habitada, es decir, en los mismos lugares que la fábula, como hemos dicho, ha colocado el Hades, porque la mención de Radamanto, en los versos que preceden, implica la vecindad de Minos y ya se sabe lo que afirma Homero: Allí vi a Minos, al noble hijo de Zeus, que con su cetro de oro en la mano administraba justicia a los muertos. Poetas venidos después han imaginado cosas semejantes a éstas: el robo de los ganados de Gerión, la expedición de Hércules para coger las manzanas de oro de las Hespérides y estas islas de los makaron, etc.». Según Estrabón, pues, el nombre de Islas Afortunadas les viene a las Canarias por su proximidad a Iberia y no por su riqueza y buen clima, según la interpretación de Plutarco. El desplazar los viajes de los héroes troyanos al Occidente y el tomar a Homero como historiador es típico de los autores de la época helenística.

Mela (III, 102), a mediados del siglo I, describió también las Canarias en los siguientes términos: «Frente están las Fortunatae Insu-

lae, cuya tierra produce una cantidad tan abundante de frutos que renacen y se suceden incesantemente, hasta el punto que sus habitantes viven sin inquietud días más dichosos que los que viven en magníficas ciudades. Hay una isla extraordinariamente notable por dos fuentes dotadas de una propiedad singular: las aguas de una de las fuentes dan a los que las beben una risa que acaba con la muerte; la otra cura todas las afecciones».

El testimonio de Mela es de gran importancia por ser el autor de origen hispano y concretamente del sur de la Península, desde donde, como se ha visto, se pasaba fácilmente a las Canarias. Había nacido en Tingentera (II, 96). Las fuentes utilizadas por Mela son desconocidas; la descripción no está sacada de Juba II.

Plinio el Viejo (VI, 202-205) es el escritor antiguo que ha dejado una descripción más detallada de las Islas Afortunadas: «Hay quien cree que más allá están las Fortunatae y algunas otras islas más. El mismo Sebosus ha llegado a dar su número y distancias, afirmando que Iunonia se hallaba a 750.000 pasos de Gades; que Pluvialia y Capraria, sitas hacia el Occidente, se encuentran a idéntica distancia de aquélla; que en Pluvialia no hay otra agua que la de lluvia; que a 250.000 pasos de esta hállanse las Fortunatae, sitas a la izquierda de Mauretania, en la hora octava del sol; que una isla se llama Invallis por razón de sus depresiones, y otra Planasia, por su aspecto; que el bojeo de Invallis es de 300.000 pasos y que allí los árboles alcanzan una altura de 140 pies. Iuba llegó a inquirir de las Fortunatae estas cosas: colócalas también en el Mediodía, junto al Ocaso, a 625.000 pasos de la Purpuraria, de tal modo que se navega a ellas yendo primero 250.000 pasos por encima del Poniente y luego siguiendo el rumbo del Oriente por espacio de 375.000 pasos; la primera, llamada Ombrion, no muestra testimonio alguno de construcciones, tiene en sus montañas un estanque y árboles semejantes a la férula; de los árboles negros se extrae agua amarga; y agua agradable de beber de los blancos. Otra isla se llama Iunonia, en la cual se ve un templo pequeño, construido en piedra. En sus proximidades existe otra más del mismo nombre, pero menor. Luego se encuentra Capraria, llena de grandes lagartos. A la vista de estas hállase Ninguaria, así llamada por sus nieves eternas, cubiertas de niebla. Próxima a ella se halla Canaria, llamada así por la multitud de canes de gran tamaño que alberga, de los cuales se le llevaron dos a Iuba; en ella se en-

cuentran también vestigios de construcciones. Todas estas islas tienen abundancia de frutos arbóreos y pájaros de todas clases. Además ésta es copiosa en palmeras datileras y pinas. Hay también miel en cantidad y en los ríos crecen papiros y siluros. Son infectas a causa de la putrefacción de los animales que el mar arroja constantemente a sus costas».

El naturalista latino utiliza como fuente a Seboso, escritor de la época de Augusto, quien conoce ya cinco islas. El dato lo tomó este último escritor quizá de los marineros gaditanos en opinión de Gsell³⁰. Su contemporáneo Iuba II de Mauritania, que escribió un libro sobre su reino, menciona ya a seis. Este rey organizó las factorías de púrpuras en el litoral africano en Mogador, probablemente continuando una tradición en esta explotación debida a los fenicios y a los cartagineses, Iuba II estaba profundamente helenizado, como lo indican los soberbios bronce de arte griego, hallados en su capital³¹ y su

³⁰ *Ob. cit.*, VIII, 256 ss. El mejor estudio sobre el texto de Plinio, el periplo de Iuba y la descripción de Seboso, es el de Álvarez Delgado (*Las «Islas Afortunadas» en Plinio*, «Revista de Historia», Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, 69, 1945, 26 ss.)- El estudio sobre las fuentes de Plinio es muy bueno. Se difiere hoy día de algunas hipótesis, como la de que los griegos y los fenicios son principalmente y casi exclusivamente navegantes caboteadores, lo que explicaría que ni Hannón, ni Scylax, ni Eudoxo hayan conocido isla alguna fuera de la costa. Pero, como dice el almirante Jáuregui, no se podrá retornar desde el centro de la costa atlántica africana si no es adentrándose en el mar y entonces conocerían las Canarias. La identificación de las Islas de la púrpura con las Canarias (Lanzarote y Fuerteventura), después del libro de Jodin, queda descartada. Es perfectamente aceptable que los marineros gaditanos desempeñen un papel importante, al igual que los enviados por Iuba, en el conocimiento de Las Canarias por los autores antiguos. En las fuentes antiguas hay una clara distinción entre las Islas Afortunadas y las Canarias, por lo que no se puede dudar de que sean diferentes las Canarias y las Islas de la púrpura. Se puede aceptar perfectamente la conclusión a la que llega Álvarez Delgado de que en Plinio resulta clara, exacta y explicable la situación geográfica, sus orientaciones de navegación y distancia relativas y los datos y características de las Islas. Plinio toma como fuentes a navegantes que conocieron las Canarias, como los emisarios de Iuba y Seboso.

³¹ Ch. Boube-Piccot, *Les bronzes antiques du Maroc. I. La statuaire*, Rabat, 1969. Sobre los supuestos retratos de Iuba II cf. este libro 69 ss. A Blanco, *Catálogo de la escultura del Museo del Prado*, Madrid, 1957, 121.

obra. Plutarco (Caes., 9) le considera «el mejor historiador que haya existido entre los reyes» y en otro párrafo escribe que «se le cuenta entre los más sabios historiadores del Mundo Griego» (Caes., 55).

Según Ateneo (III, 25), su erudición fue grande. En opinión del poeta latino de final de la Antigüedad, Avieno (OM, 280), su vida estuvo toda ella consagrada al estudio. Gozó de gran prestigio en el Mundo Griego, como lo indica el hecho de que los atenienses le elevaron una estatua en las proximidades del Gimnasio de Ptolomeo, donde había una biblioteca (Paus., I, 17,2). Disponía de una gran biblioteca de obras griegas y latinas. Incluso parte de la biblioteca que cogió Escipión, cuando la caída de Cartago, en el año 146 a. C., pasó a formar parte del botín de Masinisa, quedó en la biblioteca real de Numidia y pasó, según parece, a Iuba II. El rey se interesó por la geografía —en este aspecto su obra principal se llamaba *Lybica* y es conocida por el Pseudo-Plutarco (frag. 23) y por Ateneo (Id, 25)—, por la historia (Arqueología Romana y su estudio sobre Asiria), por la historia natural, por el arte (de la pintura, ocho libros; sus fragmentos conservados se refieren a Polignoto y a Parrasio y sus 18 libros de la Historia del Teatro), y por la filología. Es muy probable que conociera la existencia de las Canarias por referencias escritas por los cartagineses. Organizó una expedición a las Islas Afortunadas, como se desprende del texto de Plinio y corrigió el error que había sobre su número. El hacer una expedición científica a las Canarias entra en la mentalidad helenística, de la que estaba profundamente imbuido este rey, muy dada a viajes de exploración.

El último gran geógrafo de la Antigüedad, Ptolomeo (IV, 6,14), que vivió a mediados del siglo II, enumera también seis islas: *Aprósitos nesos* es quizá la *Iunonia Minor* de Iuba; *Hera nesos*, posiblemente es la *Iunonis* de Estrabón (III, 5,3); *Plonitana nesos* es hoy la isla de Hierro probablemente; *Kapraria nesos*, tal vez sea Gomera; *Kanaria nesos* es Gran Canaria, y *Ningovaria nesos*, Tenerife.

Según este autor el retrato de Volubills es muy parecido al del Museo del Prado y representarla a Iuba; otros autores creen que podía ser Aníbal, cf. G.-Ch. Picars, *Le problème du portrait d'Hannibal*, «Karthago», XII, 1963-64, 31 ss. Cf. Hafner, *Das Bildnis Hannibals* MM, 14, 1973, 143 ss. También se puede consultar D. Salzmann, «Die Munzen der mauretanischen Könige Juba II und Ptolemaios», MM, 15, 1974, 166 ss.

Al final de la Antigüedad un geógrafo de Ravena (443 ss.) enumera entre las Canarias una isla de nombre Thene, nombre indígena del que es derivación seguramente Tenerife.

Aportaciones de la arqueología.

Los citados trabajos de A. García y Bellido, Elías Serra Ráfols y M. Pellicer han recogido y analizado el material arqueológico romano aparecido en los últimos años en el litoral canario. Entre los años 1964 y 1966, o quizá años antes, José Urriza encontró en aguas de La Graciosa, en la playa de La Cocina, un ánfora a 15 metros de profundidad, que engrosó la colección del Museo de la Casa de Colón de Las Palmas de Gran Canaria. E. Serra Ráfols y después A. García y Bellido dieron publicidad a este hallazgo, dado a conocer por el «Diario de Las Palmas» el 5 de octubre de 1964; A. García y Bellido, en el diario madrileño «ABC» de 5-XII-1964, se refirió a este descubrimiento, que fechó al final de la Antigüedad. Al año siguiente el diario de Lanzarote «Antena», el día 19 de enero de 1965, hizo público un segundo hallazgo, que consistía en la parte superior de un ánfora, del tipo de las anteriores, recogida a 2 metros de profundidad, por Juan Fernández Coello en Los Charcos, al Norte de la Playa Bastián, en las proximidades y al Norte de los puertos de Arrecife. Elías Serra Ráfols, en el «Eco de Canarias», el día 12 de febrero de 1965, en el «Miliario Extravagante», de marzo de 1965, y en la «Revista de Historia Canaria», de 1964, estudió estos hallazgos en La Graciosa. En fecha posterior, en la rada del Rincón del Salado y a 3 metros de profundidad, se encontró otra ánfora de características gemelas a las anteriores. Este hallazgo fue dado a conocer por Guillermo Topham, en el «Eco de Canarias» del día 19-XII-1965, y estudiado por Elías Serra Ráfols en la «Revista de Historia de Canarias», 20, 1966, en cuyos datos se apoyó A. García y Bellido para su citado estudio «Las Islas Atlánticas en el Mundo Antiguo». El pecio de La Graciosa ha proporcionado algún otro material de ánforas tardorromanas, vendidas a extranjeros y perdidas para la ciencia. Todas estas ánforas corresponden a los tipos 30 y 33 de Dressel y al 47 de Pelichet y se fechan entre los siglos III y IV. Prueban la visita de navíos romanos a las Islas Canarias al final del

Mundo Antiguo, posiblemente en función de las explotaciones pesqueras o de púrpura, monopolio estatal al final de la Antigüedad en las Islas Baleares y en Mauritania Tingitana.

Un segundo tipo de ánfora, o mejor anforoide, de forma cónica, ha aparecido en la costa de Tenerife, como en la playa de San Andrés, a 40 metros de profundidad; en Punta de Guadamojete, a 12 kilómetros al suroeste de Santa Cruz; ambas están guardadas hoy en el Museo Arqueológico del Cabildo de Tenerife; en la playa y cueva de Antequera, en la Punta de Anaga, a 30 metros de la costa y a 10 metros de profundidad, y en frente del Real Club Náutico, a 10 metros de la costa y a 6 metros de profundidad; además de otras varias conocidas, pero cuyas circunstancias de hallazgo no están documentadas. Estas ánforas han sido consideradas como romanas por diferentes autores, como E. Borges García³², M. Oliva Prat³³ y por E. Serra Ráfols³⁴. Este último observa que Cintas encuentra estas ánforas en Utica en contextos del siglo II y que en Atenas ha aparecido en niveles de época romana. Cita, a este respecto, un ejemplar totalmente análogo a uno de Canarias, salvo las dimensiones más reducidas, hallado en el Ágora de Atenas³⁵. E. Borges García cataloga ejemplares de los museos de Faro, Leite de Vasconcelos y Museo de M. Viera Natividade de Alcobaça, en Portugal, Arlés (Francia), Gerona, y colección particular de Rosas; en total doce piezas a las que, en un segundo trabajo, añadió los ejemplares de las Islas Canarias (tres), Ampurias, Ceuta, Campo de Gibraltar y Menorca. Observa que, según M. L. Serra, en Mahón aparecieron anforetas en estratos arqueológicos romanos o junto a yacimientos romanos (Ceuta), o en lugares cercanos a estaciones romanas (Ampurias); otras, por el contrario, junto a hallazgos medievales o posteriores y que este tipo de anforoides se utilizaron hasta el siglo XVIII, aunque su

³² *Anforetas de embarcaciones romanas*, CAN, 9, 1966, 378 ss. *Anforetas encontradas en las costas e islas atlánticas y mediterráneas*, CAN, 11, 1970, 549 ss.

³³ *Estado actual de la arqueología submarina en la Costa Brava (Gerona, España)*, «Attí del II Congresso di Archeología sottomarina», Aluenga, 1958, *passim*.

³⁴ *Ánforas antiguas en Canarias*, 375.

³⁵ H. J. Robinson, *The Athenian Agora, V. Pottery of Roman Period*, lámina 15, K. 109, 3.104.

origen y utilización se remontan al Mundo Clásico. Según Beltrán Lloris, alguna lleva inscripción romana.

Este tipo de anforeta parece estar representado en algunos barcos romanos, como en el de Ameixal (Portugal) ³⁶. M. Pellicer, a quien seguimos en su magnífico trabajo de síntesis, descarta que estas anforoides sean de época romana, al igual que J. Remesal, a quien hemos consultado sobre el particular. Este último autor me indica que el tercer tipo de ánforas halladas en Canarias, el ovoide, se usaba frecuentemente en el Sur de España en época moderna, quedando por tanto sólo las ánforas de La Graciosa como prueba de la visita de naves romanas a las Islas Canarias, al final de la Antigüedad, como sostiene Pellicer. Aunque no se puede descartar de plano el que algunas anforetas, aunque usadas en época medieval y moderna para iluminar barcos, pudieran fecharse en época romana, ello no es demostrable.

Con la grave crisis de Hispania y Mauritania Tingitana, a partir del Bajo Imperio, los viajes a las Islas Canarias, desde la costa sur de la Península Ibérica se interrumpieron y su existencia sólo fue conocida por los pocos lectores, en tiempos visigodos o de la Edad Media, de Plinto, Plutarco, Mela o Ptolomeo, hasta su redescubrimiento en el siglo XIV ³⁷.

³⁶ Cl. Poinssot, *Le mosaïque greco-romaine*, Paris, 1965, 223, fig. 10.

³⁷ Recientemente ha aparecido un estudio sobre las Canarias, pero no toca a nuestro trabajo: B. Frhr. von Richthofen, *Zum Stand der Ur- und Frühgeschichtsforschung auf den Kanarischen Inseln*, «Mannus», 41, 1975, 15 ss. Tampoco el excelente libro de L. D. Cuscoy, *Nuevas excavaciones arqueológicas en las Canarias Occidentales (Yacimientos de La Gomera y Tenerife)*, Madrid, 1953, y los de S. Jiménez Sánchez, *Excavaciones arqueológicas en Gran Canaria, del Plan Nacional de 1942, 1943 y 1944*, Madrid, 1946, y J. Álvarez Delgado, *Excavaciones arqueológicas en Tenerife (Canarias)*, Madrid, 1847.